

## SOLEMNIDAD DEL CORPUS CHRISTI

Catedral, 2016

Hermanos:

Acabamos de escuchar el relato evangélico conocido como el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces. Jesús muestra la grandeza de su misericordia que siempre va más allá de lo que humanamente se espera. Ante aquella aglomeración de gente que caminaba detrás de Él para escucharle y alcanzar algún favor para sí o para los suyos; los apóstoles se dan cuenta del problema de extenuación y cansancio de todos y quieren solucionarlo despidiéndolos para que cada uno se arregle como pueda. Los hombres solucionamos así las cosas: cada uno carga con su propia responsabilidad sin querer ni pretender ser ayudado por los demás. Así es el modo humano de solucionar los asuntos: individualista, efímero y en la mayoría de los casos injusto. Jesús, que sabía bien lo que iba hacer, les indica otro modo de dar solución a los problemas. Les dice: “Dadles de comer”. La propuesta de Jesús en principio complica la vida a los discípulos porque ahora, por mandato del Señor, tienen que ponerse a buscar la comida que no tienen. Pero al momento aparece un muchacho que ofrece lo poco que tiene: cinco panes y dos peces. A partir de esta pobreza material; pero que revela una gran generosidad, Jesús hace el gran milagro de multiplicar la comida y saciar a todos. El resultado fue espectacular: comieron cinco mil personas sin contar mujeres y niños.

¿Qué nos revela el Señor a través de este signo de la multiplicación de los panes y de los peces? Ante todo nos revela su amor por todos y cada uno de los hombres. Aquella masa de personas desvalidas que representaban de alguna manera a la humanidad está siempre presente en la mente de Dios que quiere protegerla, sostenerla y ampararla con su misericordia y su amor infinito. Dios ha puesto en la tierra bienes suficientes para que todo hombre pueda vivir dignamente. Por eso la creación y los frutos de todo lo creado son buenos a los ojos de Dios y son para todos los hombres.

En este milagro se nos manifiesta también cómo el Señor asume lo creado para convertirlo en signo eficaz, en sacramento del encuentro entre Dios y el hombre. Los panes y los peces serán signo de Cristo, verdadero pan bajado del cielo, alimento de vida eterna para el

hombre. El mandato de repartir el pan a la gente es signo de su entrega por amor hasta el extremo. En la Encíclica *Laudato si* del Papa Francisco sobre la ecología integral y el respeto a la naturaleza dice: “Los Sacramentos son un modo privilegiado de cómo la naturaleza es asumida por Dios y se convierte en mediación de la vida sobrenatural...En la Eucaristía lo creado encuentra su mayor elevación. La gracia, que tiende a manifestarse de modo sensible, logra una expresión asombrosa cuando Dios mismo, hecho hombre, llega a hacerse comer por su criatura. El Señor, en el colmo del misterio de la Encarnación, quiso llegar a nuestra intimidad a través de un pedazo de materia... La Eucaristía es de por sí un acto de amor cósmico: ¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, *sobre el altar del mundo*. (LS 235-236)

¡Qué hermosas palabras del Santo Padre sobre este sacramento de la Eucaristía que hoy celebramos con gran solemnidad en esta S.A.I. Catedral! La eucaristía es el gran milagro de ayer, de hoy y de siempre. Un milagro que podemos contemplar con los ojos de nuestra alma porque está a nuestro alcance todos los días. El mismo Señor, por medio de la acción del Espíritu Santo y de las palabras de fe de la Iglesia, pronunciadas por el ministro ordenado, convierte el pan y el vino en su Cuerpo y Sangre. Este es el alimento de las nuevas criaturas renacidas por el bautismo del agua y del Espíritu Santo. Ante esta acción de la misericordia divina, también nosotros quedamos admirados del poder de Cristo Jesús como quedaron asombrados aquellos discípulos después de dar de comer a todos y recoger las sobras.

Al contemplar la Eucaristía en la que el Señor está realmente presente, los cristianos descubrimos que todo lo creado ha sido renovado en Cristo resucitado y glorioso y, por tanto, comprendemos lo que San Pablo nos dice: “Jesús es el primogénito de toda criatura porque en Él fueron creadas todas las cosas...Todo fue creado por Él, él es anterior a todo y todo se sostiene en Él” (Col 1,15-18). Por tanto, todas las cosas creadas tienen una interrelación porque todas se sostienen en el amor de Cristo pues han sido redimidas por su pasión, muerte y resurrección. Esta es la razón por la que podemos llamar hermano y hermana a las criaturas como nos enseñó San Francisco de Asís en su himno. Si son hermanos y hermanas, no podemos adorarlos

como a dioses ni podemos abusar de ellas. Sólo admirarnos de su belleza y vivir en armonía con todas las cosas creadas alabando y adorando al Creador y Señor.

La Eucaristía nos descubre también que la criatura amada y querida por Dios es el hombre, creado a su imagen y semejanza y redimido por la sangre de Cristo derramada en la Cruz. Es, pues, el hombre el que merece el máximo respeto. La ecología integral de la que nos habla el Papa Francisco insiste en no excluir del cuidado de la creación la vida del hombre en todas sus fases como propone algún modo de pensamiento actual que pretende sobreproteger la vida de los animales y de las plantas; pero no muestra el mismo interés en la protección de la vida humana desde su concepción hasta su muerte natural. El Señor nos envía como discípulos y como Iglesia al mundo para compartir con los hombres los bienes; pero sobre todo para enseñar a compartir, a respetar la naturaleza y a dignificar la vida humana. De este modo haremos visible con el testimonio y con la palabra la misericordia de Dios que no excluye a nadie sino que integra a todos.

Al contemplar el Misterio eucarístico en el que conmemoramos el Misterio Pascual de Cristo, no podemos permanecer indiferentes ante el sufrimiento y la angustia de tantos hombres y mujeres, muchos de ellos hermanos en la fe. Estos son: los perseguidos a causa de su fe, los que padecen el hambre, los que emigran buscando otras posibilidades mejores de vida, los que pierden su trabajo, su casa y su familia, los que son víctimas de los malos tratos y de las nuevas esclavitudes de este siglo: la trata de personas, los niños esclavos o soldado etc. El Señor nos repite hoy como ayer a los discípulos: “Dadles vosotros de comer” Respondamos con generosidad a la llamada del Señor como él mismo nos enseñó. No pongamos trabas a la acción de Dios, no tengamos miedo al poder de los poderosos. No nos limitemos a lastimarnos cuando escuchamos las noticias tan horrorosas que nos dan los medios de comunicación social. Pongámonos manos a la obra y practiquemos la misericordia como el Señor la practica con nosotros. Colaboremos con Cáritas y otras instituciones dedicadas a socorrer y consolar a las personas que viven en situación de pobreza y de indignidad.

La Virgen María experimentó en su propio seno cómo Dios eleva la naturaleza humana sin causarle daño pues por medio del Espíritu

Santo concibió en su vientre humano la Palabra de Dios que todo lo había creado para redimirlo en la Cruz.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga